

porvenir de reposo, sino un porvenir en que se acrecerá el número de los que creerán, amarán y sufrirán con vosotros ; porque mientras el reino de Dios sea el reino de la humildad, no habrá en él gloria sin humillación, victoria sin derrota, alegría sin dolor. Vosotros sois semejantes al Océano, cuya legítima ambicion es dilatar sus playas, pero que sabe que acreciéndolas, acrece tambien sus borrascas.

SERMON VIGÉSIMO SEGUNDO.

De la castidad que produce en el alma la doctrina católica.

Habéis comprendido la fuerza y la fecundidad del terreno al que ahora hemos descendido. Dejamos la region especulativa de las ideas para entrar en la region práctica de los sentimientos y de las virtudes, y por consiguiente entre el terreno en que estábamos y el en que nos hallamos, hay la diferencia que entre lo que solo se verifica por el espíritu y lo que se efectúa por las mas accesibles realidades ; y si habéis comprendido bien mi pensamiento, habréis entendido que hay virtudes reservadas como signo de la doctrina divina. Porque, Señores, lo conocéis muy bien, si existe una doctrina divina, si es cierto que Dios se haya dignado establecer en la tierra una enseñanza emanada de sus labios, si desde que está en el mundo, es decir, desde que hizo el mundo, habla, habla en voz alta y en voz baja, habla al universo entero y á cada alma que ha creado ; si esto es cierto, bien veis que es absolutamente necesario que la doctrina divina produzca algo que jamás pueda producir la palabra humana, por mucho que desee contrahacer estos signos omnipotentes. Dios, Señores, se ha reservado pues verdades, se ha reservado virtudes, se ha reservado instituciones ; y la gran prueba del cristianismo, su prueba popular, el pan cotidiano de su demostracion, no es el milagro que pasa, aun resucitando los muertos, no es la profecía, aunque mas permanente que el milagro ; no, la prueba perpetua y viva del cristianismo, es que toda vista descubre en él, un poco mas tarde ó mas temprano, verdades, virtudes é instituciones reservadas : y es que Dios ha hecho como un gran rey, que, además de las magnificencias exteriores de sus palacios, posee en el interior, en sitios mas secretos, un tesoro de cosas privadas, cuyo santuario solo revela á sus amigos mas queridos.

Ya hemos dicho que la primera de las virtudes reservadas es la humildad. Dios solo hace los humildes con su doctrina católica ; todas las doctrinas humanas sin excepcion, desde Platon hasta

Kant, todas engendran el orgullo. Fácil os será reconocerlas en este infalible criterio. Cuando al leer un libro ó al escuchar una palabra suba el orgullo á vuestro corazón, decid: Posible es que aquí esté la verdad, pero es una verdad dicha por el hombre. Y al contrario, siempre que leyendo un libro, ó escuchando una palabra, sintais bajar la humildad á vuestra alma, aunque sea el mas infeliz mendigo quien haya firmado este libro ó pronunciado esta palabra, decíos: Dios es quien habla conmigo. Esta regla no tiene excepcion. Y observándolo bien, Señores, la humildad, mejor que ninguna otra virtud reservada, no es una virtud mística, buena solamente para el cenobita oculto en su celda, bajo una austeridad que el mundo llamará quimérica. No, cuando Dios quiere formar signos lo hace mas hábilmente. La humildad, así como las demás virtudes reservadas, es una virtud de la tierra, una virtud moral, una virtud social, una virtud de que necesita el hombre, que la anda buscando, que le falta á todas horas, y con cuya falta sufre cruelmente.

Sin humildad, es imposible toda jerarquía; porque la jerarquía se compone de escalones subordinados, de los cuales unos son primeros y otros últimos, y todos dependen y necesitan recíprocamente humildad, ya para aceptar su lugar, si es inferior, ya para hacerlo aceptar, si es superior: ninguna combinacion podria reemplazar, en esta posicion, el óleo fraternal de la humildad, y sin su auxilio, la jerarquía no es mas que tiranía de la parte superior, rebelion de la inferior, un odio que asciende y que descende bajo la proteccion de la necesidad.

No añadiré mas que estas pocas palabras á mi último Sermon, y pasaré á una segunda virtud reservada. Esta segunda virtud reservada es la castidad. Os mostraré que el hombre no ha podido producir, y cómo lo ha conseguido la doctrina católica. Espero, Señores, de la asistencia divina, que permaneceré en los límites de mi ministerio, y que vosotros tambien elevaréis vuestro corazón á la pureza que es de derecho en semejantes actos. En la edad en que todos estamos, nos es permitido ver, al resplandor de un lenguaje severo, las cosas mas hondamente sepultadas en las entrañas de la humanidad.

El alma no está sola en el hombre; hállase unida á un cuerpo, y el cuerpo del hombre no es como el del animal, no es reglado por los instintos inmutables que le mantienen en los límites convenientes á los fines de su destino. Todo nuestro cuerpo se halla mas ó menos rebelado contra el alma que debe regirlo. No obstante, el alma gobierna bastante bien algunos de esos resortes que llamamos sentidos;

ella puede, con la fuerza de la naturaleza, y el auxilio de una filosofía sana y espiritualista, contener bastante poderosamente las riendas de una grandísima parte de su administracion. Pero hay un sentido singular, el único que no es necesario para la conservacion de la vida, y que permanece privado de sus funciones, aun legítimas, sin dañar al juego ni al desarrollo de nuestra organizacion; y este sentido, que deberia ser naturalmente el mas fácil de gobernar, pues que es libre de llenar ó no su ministerio, es precisamente el mismo que se halla en rebelion permanente contra el alma, por un misterio que yo no puedo explicar al presente, que ignoro, si quereis, pero que es el misterio mas grande de nuestra naturaleza, porque toca en lo mas profundo de la cuestion del bien y del mal.

El sentido de que hablo no está solamente rebelado, está depravado.

Llamo sentido depravado al que no se inquieta de sus funciones verdaderas, pero obra por un instinto de egoismo extraño á todo destino. Esto es claro que es una depravacion del orden natural, porque la naturaleza va siempre á un fin justo, determinado y eficaz. Ahora bien, el sentido de que hablo no se inquieta de su fin; su fin le es completamente extraño. Lo que busca es á sí mismo, es una satisfaccion independiente de todo bien que lo cubra con su utilidad y su santidad. Mientras que todos los demás sentidos obran en direccion á la vida, aun cuando abusen de sí mismos; mientras que el sueño nos causa descanso, el alimento repara nuestras fuerzas, los oidos oyen la palabra que nuestro verbo profiere; en una palabra, mientras que todos nuestros sentidos, aun en sus excesos, cumplen algo de verdadero, este no cesa de conspirar contra nuestra vida. Usa sin fruto nuestros mas preciosos órganos, devora sin objeto nuestras mas admirables facultades. ¿No os habeis encontrado alguna vez con esos hombres, que en la flor de su edad, y apenas honrados con los signos de la virilidad, llevan ya las ajadas marcas del tiempo; que degenerados antes de tocar al nacimiento total del sér, cargada la frente de precoces arrugas, los ojos cóncavos y vago-rosos, los labios impotentes para pintar la bondad, arrastran bajo su sol juvenil una existencia caduca? ¿Quién ha hecho estos cadáveres? ¿Quién les ha quitado la frescura de sus años? ¿Quién ha puesto en su semblante signos vergonzosos? ¿No es ese sentido enemigo de la vida de los hombres? Víctima de su depravacion, el infeliz ha vivido solitario, no ha aspirado sino á sacudimientos egoistas, á esas espantosas pulsaciones hasta llevar su cuerpo al

sepulcro, donde dormirán con él sus vicios deshonrando su ceniza hasta el día final.

¡ Ah ! si esto no es un sentido depravado ¿ qué nombre le daremos ? Un nombre mas duro aun, Señores, porque yo añado que es un sentido abyecto. Es un sentido abyecto, porque mata el corazón, porque sustituye la emoción de la sangre á la emoción del alma. Yo he visto en mi vida á muchos jóvenes ; y os lo declaro, jamás he encontrado ternura de corazón en un joven relajado : jamás he encontrado otras almas amantes que las almas que ignoraban el mal ó que luchaban contra él. En efecto, una vez habituados á las emociones violentas, ¿ cómo queréis que el corazón, una planta tan delicada, que se alimenta con algunas gotas de rocío que caen aquí y allí del cielo para él ; que se conmueve por ligeros hálitos, que es feliz por días enteros con el recuerdo de una palabra pronunciada, de una mirada dirigida, de un consuelo dado por la boca de una madre, por la mano de un amigo ; el corazón, cuyo latido es tan calmado en su verdadera naturaleza, casi insensible, á causa de su misma sensibilidad, y por temor de que fuera abrasado con una sola gota del amor, si Dios le hubiese hecho menos profundo ; ¿ cómo queréis, digo, que el corazón oponga sus dulces y delicados goces á los goces groseros y exagerados del sentido depravado ? El uno es egoísta, el otro generoso ; el uno vive de sí, el otro fuera de sí ; entre estas dos tendencias debe prevalecer una. Si vence el sentido depravado, el corazón se marchita poco á poco, y no siente ya la fuerza de los goces sencillos, y no va ya hácia la otra tendencia, concluyendo por no latir sino para dar curso á la sangre, y para marcar las horas de este tiempo vergonzoso cuya fuga precipita la relajación. Pero ¿ qué cosa mas abyecta que matar el corazón en el hombre ? ¿ Qué resta del hombre cuando no vive su corazón ? No obstante, el sentido depravado hace aun mas : ningún vicio, como tampoco ninguna virtud, detiene sus efectos en el hombre solo ; uno y otro tienen en la sociedad la repulsión de su acción. Y bajo este respecto, el sentido depravado es la opresión y la ruina del mundo.

Se habla mucho de libertad, y por mi parte hablo de ella con tanta altivez como el que mas. Porque, gracias á Dios, hay una libertad justa y santa, y no existe en la lengua humana palabra alguna que no tenga su legítima aplicación. Dios y el demonio se sirven de las mismas palabras, y el demonio no puede maldecir ni una sola, como no puede maldecir una sola idea al abusar de ella. Dios es el padre de la libertad ; él la ha bendecido dándola al hombre ; él lleva ante

nosotros, por manos de su Iglesia, su estandarte siempre elevado y honroso. Hablo, pues, de la libertad, y os denuncio uno de sus enemigos ; os lo denuncio de lo alto de la gran tribuna de la humanidad ; aquí donde sosteniéndose mutuamente sus deberes y sus derechos, siempre han hallado oradores y mártires. Os denuncio un despotismo atroz é innoble, el del sentido depravado contra toda una gran parte de la especie humana ; porque el infame no se limita á sí, aunque solo viva de sí ; sale de sí para hacer víctimas ; ; y qué víctimas !

¡ Ah ! Señores, al salir de esta asamblea, buscad una de esas calles en que se abriga la miseria, no tendréis que ir muy lejos. Subid esos tristes tramos, y os hallaréis ante un grande espectáculo. Esos semblantes tan jóvenes y tan ajados han sido hermosos ; esos miembros que solo inspiran la tentación del horror, han sido vivos ; esos seres deshonrados tenían hermanos y hermanas. Y ya no los tienen, ya no tienen nada, ni aun remordimientos. ¿ Quién los ha despojado, marchitado y entregado á la miseria, al oprobio, á la ignorancia misma de su desgracia ? ¿ Quién ? Bien lo sabéis. Tan cobarde como egoísta, el sentido depravado no ataca al hombre en su fuerza, sino en su debilidad : no irá á tentar al hombre que puede mirarle de frente ; sino que marcha, arrastrándose como un gusano, á deslizarse en el seno de las flores que acaba de abrir la primavera y que solo vivirán un día. Va á solicitar lo que no puede defenderse ; se presenta á un sér débil y sobrado fácil de seducir, porque él tambien ha seducido antes, y se presenta á él bajo el exterior de un corazón conmovido. El hipócrita se atreve á llevar la mano á esta región del alma ; oculta la liviandad y la traición bajo la expresión del amor y de la fidelidad ; despues, pasada la hora, despues de haber destruido lo que no se reedifica jamás, abandona, y se marcha, desertor del mal que ha hecho, á consolarse del disgusto que experimenta por un disgusto que aun está por venir. ¿ Qué opresión hay en el mundo, si esto no es expresión, y qué ruinas, si lo que voy á decir no se tiene por ruinas ?

Cuando mirais á la historia de nuestro país y veis en ella todos esos nombres ilustres que eran su corona, corona de barón, corona de conde, corona de marqués, corona de duque, todas esas antiguas coronas que formaban la corona total del país ; y en seguida, mirando esas razas hoy día, las veis que se inclinan bajo el peso de su antigüedad, niños cuya espada, esgrimida por sus padres, habia dilatado las fronteras de la patria y de la verdad, y que ya no pueden hacer nada ni por la una ni por la otra, no os es difícil conocer las cau-

sas de esto. El vicio ha pasado á estas razas y ha carcomido sus fibras vivientes. El vicio no perdona ni aun á las naciones. Llega un tiempo, ¡y para qué pueblo no ha llegado tarde ó temprano! llega un tiempo en que sucede á la historia heroica la historia civilizada; caen los caracteres, disminúyense los cuerpos, márchase con paso igual la fuerza moral y la física, y óyese de lejos el ruido del Bárbaro que se acerca y que mira si ha llegado la hora de quitar del mundo á ese viejo pueblo. Cuando ha sonado esa hora, cuando se siente temblar un país ante el destino, ¿qué es lo que ha pasado por él? ¿qué soplo ha extinguido su vida? Siempre el mismo, Señores; la muerte solo tiene un gran cómplice. Este pueblo se ha degradado en las homicidas alegrías de la voluptuosidad; ha derramado su sangre gota á gota, y no á raudales, sobre los campos fecundos del rendimiento; ahora bien, hay una venganza inevitable de la sangre vertida de esta suerte, la que sufren en la servidumbre y en la ruina todas las naciones finadas.

Perdonad, Señores, si no sigo mi pensamiento; ¿qué importa? Pero aquí veo mil jóvenes; siempre que el tentador les ataque, piensen que es el enemigo de la vida, de la belleza, de la bondad, de la fuerza, de la gloria, que es el enemigo universal y nacional. ¡Ah! Señores, si un Tartaro viniera á llamar á vuestra puerta y á persuadir de una traicion contra la Francia, ¡cuál no seria vuestro horror! No obstante, el sentido depravado no hace otra cosa; la sangre que os pide, aunque no fuese la sangre de la eternidad, seria la sangre de la patria y del porvenir.

¡Dios mio! ¿qué hará el alma ante ese enemigo? ¿Ha recibido alguna fuerza, ha ejercitado alguna contra él? No tenemos mas que interrogar la historia. Ella nos responderá.

¡Pues bien! el alma estaba débil. Ha podido algo por la justicia, por la prudencia, por la templanza, y aun por la fuerza; ha hecho á Anibal, á Scipion, á Caton el Uticense, y á tantos grandes hombres que han tenido el valor de vivir y morir en circunstancias difíciles; ha creado héroes, mas no ha creado castos. Y al verse así impotente, y necesitando vivir con honor, porque este es su instinto, ha llevado el delirio hasta querer el honor del sentido depravado. No se ha contentado con la libertad; no ha pedido al mundo solamente que el sentido depravado fuese libre, le ha pedido que fuera honrado, y el mundo ha consentido en ello. Aun en la actualidad, Señores, á pesar del cristianismo, se esfuerza el mundo en mantener el honor del sentido depravado. El mundo reprueba á un homicida; el

profanador de los juramentos mas santos, el violador del santuario doméstico, el adúltero pasa por el mundo con la frente elevada. Hé aquí por qué principalmente no pueden entenderse el mundo y el Evangelio: nada combate tanto el Evangelio como el sentido depravado; el mundo le sostiene, y honra hasta el fin el mismo deshonor.

El honor del sentido depravado no ha satisfecho al alma; sino que esta ha querido además la publicidad, el estado público. Porque, Señores, solo es verdaderamente grande lo que llega á ser estado público. Mientras no sostiene la publicidad una cosa, no ha llegado á su mayor poder. ¿Lo creeréis? el sentido depravado ha aspirado á la publicidad, y, gracias á la connivencia del alma, la ha obtenido! No puedo ir mas lejos, Señores... la palabra cristiana se niega á la simple indicacion de realidades que el sol vió en otro tiempo; pero Dios ha permitido que Tácito y Suetonio escribiesen páginas, que hasta el dia del juicio final llevarán al conocimiento del hombre la historia sangrienta de su propia depravacion. ¿No recordais el espectáculo del pueblo romano en su decadencia? ¿No recordais á Neron mostrándose al imperio romano, á los descendientes de la gran república: á Neron, señor de tantos hombres, encargado de representar en su sola cabeza lo que un orador inglés llamaba divinamente bien la majestad de un pueblo; Neron, el heredero de los Fabios, de los Scipiones, de todas las familias consulares, cubierto con todas las púrpuras reunidas por tantas virtudes y por tantos siglos; Neron, apareciendo ante los sepuleros de la patria, ante sus templos, en el foro, rodeado... ¿Cómo podré pintarle? Y le veia todo un pueblo, pero un pueblo preparado por los mas horribles espectáculos á este espectáculo postrero.

¿Y nadie acudirá al socorro del alma? ¿nadie se sacrificará para volverle un poco de valentía y de honor? ¿Acaso no habia filósofos en aquellos tiempos? ¡Ay! habia filósofos, no hablo irónicamente, habia genios poderosos que sabian descubrir grandes verdades, aunque no las descubrieran completamente. Pero los filosofos no han podido nada; tambien el sentido depravado ha tenido su filosofía; ¡se le ha creado una filosofía! Y no solamente, Señores, ha tenido su filosofía, sino que ha tenido tambien su sacerdocio, ha tenido sus sacerdotes.

¡El sacerdote! este nombre nos representa á un hombre encañecido en la edad y en la tradicion, que ha visitado los reinos de la verdad, y recorrido todas las riberas del error, de donde ha traído,